

REINA. ¿Y este tan dichoso amante será fiel...? ¿será constante?

D.<sup>a</sup> ISA. No es, señora, hombre de engaños, y siempre igual lo encontré.

REINA. *(Con malicia.)*

Muy apuesto... muy rendido...

D.<sup>a</sup> ISA. Muy formal, muy comedido.

REINA. Pues qué te tiene no sé de tal modo apasionada.

Su figura no es gran cosa.

D.<sup>a</sup> ISA. Tiene un alma muy hermosa, y es galan.

REINA. No encuentro nada raro en don Pedro. *(Aparte.)* ¡Ay de mí!

*(Alto.)* El don Alvaro Garcés mucho más gallardo es, y está prendado de tí.

¡Qué bien maneja una lanza!

¡Cuánto luce en un torneo!

Ni Aznares tampoco es feo, y con mucho garbo danza.

En las justas y festines

al don Pedro muy atrás,

en gentileza y demás,

dejan ambos paladines.

D.<sup>a</sup> ISA. Pues don Pedro es á mis ojos el único.

REINA. *(Aparte.)* Y á los míos.

Mas ¿por qué estos desvarios me han de dar tantos enojos?

*Sale DON PEDRO.*

D. PED. Los ricos-hombres, señora, y los nobles infanzones.

REINA. Abranse aquestos salones, y que entren pues en buen hora.

*Doña Isabel hace señas á la izquierda de la escena, y salen DAMAS, PAJES y GUARDIAS. Don Pedro las hace á la parte de la derecha, y salen FORTUN TORRELLAS, ÁLVARO GARCÉS, JOFRE DE ALVÉRO, EL ARZOBISPO, RICOS-HOMBRES, INFANZONES, CLÉRIGOS y CABALLEROS, y se colocan al rededor del trono, en el que se sienta la reina.*

REINA. Ricos-hombres y prelados, infanzones, caballeros, de Aragon gloria, y defensa de mis sagrados derechos: la seguridad del trono, el esplendor de mi cetro, la fama de vuestros nombres, la tranquilidad del reino, ya imperiosamente exigen de vuestra lealtad y esfuerzo

que ese impostor fementido,

que ese ambicioso protervo,

que el esclarecido nombre

del rey mi tío mintiendo,

contra mi corona atenta,

tenga cumplido escarmiento.

En la batalla de Fraga,

como sabe el orbe entero,

perció el gran don Alonso,

porque así le plugo al cielo.

Aragon declaró nulo

su dudoso testamento,

que á los templarios dejaba

con poco aviso estos reinos.

Y á su hermano don Ramiro,

cual legítimo heredero

juró por rey. Que aunque estaba

en un santo monasterio,

del Papa especiales bulas

hábil á todo le hicieron,

y en vez del escapulario

no le asentó mal el peto.

Yo cual su hija y heredera,

por legítimo derecho

ocupé este excelso trono,

fuí jurada por el pueblo,

sin que disputarme nadie

pueda en la tierra ó el cielo

ni de mi padre la herencia,

ni este solio, que poseo.

Despues de tan largos años

y de tan varios sucesos,

ese impostor se presenta

para trastornar el reino.

Despreciado en un principio,

fué su osadía creciendo,

y ya con rebelde tropa

de indómitos bandoleros,

de fascinados ilusos,

de revoltosos perversos,

de viciosos arruinados

y de astutos malcontentos,

osa acercarse á este alcázar,

osa atacar mis respetos,

osa levantar bandera,

osa demandarme el cetro.

Y si es que á tanto le anima

el que mujer sin esfuerzo

me juzga, su desengaño

no tarde con su escarmiento.

Salid, sús, á mi defensa,

que así os cumple como buenos.

Dad á esa traición castigo,

poned á esa audacia freno.

Que aunque mujer, desprovista

tan de valor no me encuentro,

que no pueda la coraza

vestir, empuñar el hierro,

y á vuestra frente en el campo

humillar á los soberbios

que osan mancillar mi nombre

ó dudar de mis derechos.

*(Momento de silencio con ansiedad general.)*

TORREL. Permitid, alta señora,

que como acaso el más viejo

de cuantos hoy la honra tienen

de acataros, sea el primero

que á vuestras nobles palabras

dé respuesta con respeto.

Quién soy Aragon no ignora,

que mi interés y el del reino

son uno mismo es notorio,

que mi sangre y abolengo

seguridades ofrecen

de lealtad en todo empeño,

no habrá quien ose dudarlos;

no habrá, no, viven los cielos,

que aun no es báculo mi espada,

ni aquestas canas son hielo.

Con antecedentes tales,

á decir aquí me atrevo

lo que mi conciencia sólo

dicta á mis labios, y es esto.

*(Atencion general.)*

Señora, el rey don Alonso

vivo está: y es el romero

que impostor hoy apellidas,

acaso con poco acuerdo.

*(Movimiento general.)*

Yo lo conocí, señora,

y lo serví en ese excelso

dosel. Lo seguí á los campos,

lo acompañé en los encuentros.

Merecí su confianza,

siempre asistí á su consejo,

concibió conmigo planes,

depositó en mí secretos.

Y de su noble presencia

los rasgos grabados tengo,

con tan pronunciadas líneas

en la mente y en el pecho,

que no es posible me engañen,

señores, mis ojos mismos.

Y esta mañana lo he visto,

y examinado con ellos.

Y escuchando sus palabras

reconocí sus acentos,

y mi razon aclararon

con infalibles recuerdos.

Ese anciano peregrino

es, gran señora, creedlo,

el emperador de España

TOMO II

don Alonso, tío vuestro, al que el glorioso renombre, en cuanto abarcan los cielos, sus hazañas y conquistas de batallador le dieron.

*(Momento de silencio y de agitacion.)*

ARZOB.

Ilustre Fortun Torrellas,

aunque tengan tanto peso

para mí vuestras razones

y los dictámenes vuestros,

pues sé vuestras calidades

y vuestra virtud respeto;

permitidme hoy, sin agravio,

un parecer muy diverso.

Y considerad conmigo,

que cuando inspira el infierno

la ambicion á un desalmado,

que anhela usurpar un cetro,

de falaces apariencias,

de alucinantes pretextos,

de engaños y de mentiras

le ofrece abundantes medios.

Porque el demonio es, en suma,

quien rige su alma y su cuerpo,

y de ficciones y engaños

el demonio es gran maestro.

Y provisto de noticias,

y de confidencias dueño,

finje, miente, disimula,

contrahace la voz y el gesto;

y alucina fácilmente

la buena fe de los buenos,

que porque lo son no saben

lo que saben los perversos.

No es difícil, oh Torrellas,

al cabo de tanto tiempo,

dé remota semejanza

equivocar los recuerdos.

Despues de tan largos años,

el emperador, que muerto

lloramos todos en Fraga,

torna en traje de romero.

¿Y dónde estuvo escondido?

¿cómo no vino á su reino,

cuando un hombre lo regía

con una espada por cetro?

Y si es el rey don Alonso,

¿por qué, franco y descubierto,

no ha venido á este palacio

de Zaragoza derecho,

en vez de andar con disfraces

alucinando á los pueblos,

allegando malhechores

y trastornando los reinos?

El emperador insigne

de otro modo muy diverso

se portara, aragoneses.  
En ese anciano romero  
sólo un malvado descubro,  
sólo un impostor encuentro,  
tan sólo un agente miro  
de los planes del infierno.

TORREL. *(Con calor.)*

Quien dude que es don Alonso,  
(dicho sea con respeto  
del venerable arzobispo,  
á quien acato y venero),  
pone mi verdad en duda,  
y la lealtad de mi pecho.

ARZOB. De buena fe alucinarse  
puede el mejor caballero.

TORREL. *(Resuelto.)*

Repito que es don Alonso,  
emperador de estos reinos,  
el que he visto esta mañana,  
y á quien he hablado yo mesmo.  
A la tierra santa un voto  
le llevó desde el funesto  
campo de Fraga, y cautivo  
después de los sarracenos,  
en una mazmorra esclavo  
ha gemido largo tiempo,  
sin poder venir á España  
para reclamar su reino.  
Mas pues ya en ella el pié puso  
en busca de sus derechos,  
y le juré pleitesía  
mientras viviese, contemplo  
que es mi obligacion sagrada  
servirle, y en todo extremo  
cual su vasallo ayudarle  
á que recobre su imperio.

*(Hace una profunda reverencia, y vase  
seguido de algunos.)*

D.<sup>a</sup> ISA. *(Apoyándose desmayada en una de las  
damas.)*

¡Ay de mí!

ALVÉR. Yo, con Torrellas,  
porque de leal me precio,  
á servir á mi rey parto,  
como cumple á un caballero.

*(Vase seguido de algunos.)*

GARCÉS. Y yo tambien, convencido  
de que el legítimo dueño  
de Aragon es don Alonso,  
que nos devuelve hoy el cielo.  
*(Vase seguido igualmente de algunos.)*

D. PED. *(Saliendo en medio de la escena con calor  
y entusiasmo.)*

Pues yo juro morir en la defensa  
de ese trono legítimo, y mi acro  
al que osare traidor hacerle ofensa  
justo castigo le dará el primero.  
Miente quien dice y asegura y piensa  
que es el rey don Alonso ese romero.  
Y hoy á la reina el corazon consagra,  
si la abandonan todos, Pedro Azagra.  
Sí, yo combatiré los desleales:  
sí, yo combatiré los impostores.  
Aquellos que se precien de leales  
cerquen mi enseña, y sigan mis tambores.  
Que en medio de esos campos desiguales  
escribirá con sangre de traidores  
dónde el derecho de mi reina alcanza  
el hierro agudo de mi fuerte lanza.  
Nobles zaragozanos siempre fieles,  
venid ardiendo en saña vengativa,  
por reina tal á recoger laureles,  
si en la lealtad vuestro blason estriba.  
Demos asunto á plumas y á cinceles.  
Viva nuestra gran Reina.

TODOS. *(Rodeando con gran entusiasmo á don  
Pedro.)* ¡Viva! ¡viva!!!

D. PED. Venid, venid conmigo; defendamos  
á la reina y al trono que adoramos.  
*(Cae el telon.)*

## JORNADA SEGUNDA

### ESCENA PRIMERA

*El teatro representa la cámara de la reina en el palacio de Zaragoza.  
Aparecen LA REINA sentada y abatida, junto á una mesa, y EL AR-  
ZOBISPO de pié consolándola.*

ARZOB. Templad, señora, el llanto,  
que no es el infortunio para tanto  
como para abatir, así deshecho  
en lágrimas amargas, vuestro pecho.  
El cielo no abandona  
la legitimidad de esa corona  
que puso en vuestra frente,  
y que afirma su brazo omnipotente.  
Ese impostor tirano  
por aumentar sus fuerzas lucha en vano;  
y tan sólo seguro  
le da de ese castillo el fuerte muro,  
que por vuestros valientes combatido,  
pronto ha de verse á vuestros piés rendido.  
Y aunque nuevos parciales allegara,  
su orgullo se estrellara  
y su arrogancia fiera  
de Zaragoza en la lealtad sincera,  
que ferviente os consagra.

REINA. *(Con la más viva expresion de desconsuelo.)*  
¡Mas cayó en su poder Pedro de Azagra!

ARZOB. ¡Pérdida grande!... es cierto:  
mas no causó, por dicha, desconcierto  
ni abatimiento y susto  
en los que aclaman vuestro nombre au-  
Hasta el suceso mismo, *(gusto.*  
si de Azagra encarece el heroísmo,  
demuestra la impotencia y cobardía  
de esa desventurada bandera;  
pues no osando salir á la pelea  
ni combatir á donde el sol la vea,  
por don Pedro de Azagra provocada  
á singular combate,  
rompió la fe jurada,  
y al gallardo magnate,  
en pérfida emboscada,  
diez alevos jayanes sorprendieron,  
y sin peligro grande lo prendieron.

REINA. ¡Oh flor de la lealtad y valentía!  
¡Ay, desgarrada tengo el alma mía!

ARZOB. El valeroso Aznares,  
de cuyo nombre y glorias militares  
y valor sin segundo  
está admirado con razon el mundo,  
al prisionero Azagra reemplazando,  
de nuestras fieles tropas tiene el mando;  
y su arrojo y destreza  
muy pronto rendirán la fortaleza.

REINA. ¡Ay!... rescatar primero  
á toda costa á Pedro Azagra quiero.  
Si peligra su vida...

ARZOB. No es de temer, señora; defendida  
por Torrellas será, pues lo colijo  
de ver que siempre lo trató cual hijo.  
Y es Torrellas honrado caballero,  
que alucinado sigue á ese romero;  
el cual nada ganara  
si á prisionero tal sacrificara,  
que es de Aragon amado,  
de ilustre nombre y poderoso estado.

REINA. *(Agitada.)*  
No calman mis temores,  
que todo lo recelo de traidores;  
forzoso es que se trate  
á toda costa, sí, de su rescate;  
mis joyas, mis preseas...

ARZOB. Pues que tanto, señora, lo deseas,  
á don Jofre de Alvéro  
mandaré con sigilo un mensajero.  
Mas pensarlo es forzoso,  
por no arriesgar un paso indecoroso;  
y siempre lo es ingrato  
entrar con los rebeldes en contrato.  
Calmad ¡ah! vuestro pecho  
con la lealtad vehemente satisfecho,  
y en que mi fe se goza,  
que os está demostrando Zaragoza.  
Enjugad ese llanto  
y confiemos en el cielo santo,  
que la razon protege y la justicia,  
y del traidor confunde la malicia.

*(Suenan campanas á lo léjos.)*

Mas ya el bronce sagrado  
me llama al ministerio de mi estado.  
Corro al altar, y á que resuene el templo,